

# BALDOMERO SANIN CANO: CRITICO LITERARIO DEL PERIODO DE MODERNIZACION COLOMBIANO

Eva Klein

## 1. Introducción

El lector latinoamericano se familiariza con el nombre de Baldomero Sanín Cano a través de alusiones y citas. Raras veces se encuentra directamente con sus libros o artículos, en cambio si verá su nombre mencionado con relativa frecuencia en los trabajos de críticos literarios y pensadores ya consagrados. Mariátegui, Henríquez Ureña, Portuondo, Marinello, Briceño Iragorry, Rama, Miliani, Gutiérrez Girardot, Cobo Borda —por nombrar sólo algunos— le declaran unánime admiración y reconocimiento, muchos lo llaman “maestro” y se hace evidente que lo conocen y respetan.

Esta situación despierta el interés y casi obliga al investigador a realizar la revisión de la obra de Baldomero Sanín Cano. ¿Quién fue en realidad este escritor? ¿Cuál es la línea de su pensamiento y qué circunstancia pudo permitir que, en un continente que a principios de siglo estaba internamente bastante incomunicado, su nombre se conociera desde México hasta el Sur?

El primer problema que se le presenta al estudiante interesado en resolver estos problemas es conseguir los textos del escritor. Por lo abundante y constante es relativamente fácil encontrar la bibliografía indirecta de Sanín Cano; existen muchos artículos que lo mencionan, estudian y le hacen homenaje, pero su producción directa es difícil y en algunos casos imposible de localizar, puesto que se encuentra dispersa en decenas de periódicos y revistas latinoamericanas y europeas<sup>1</sup>.

1. Sólo conocemos dos esfuerzos editoriales por recuperar los artículos dispersos de Sanín Cano: *Escritos*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977 (Prólogo y selección a cargo de Gustavo Cobo Borda) y *El oficio de lector*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, s.f. (Compilación, prólogo y cronología por J.G. Cobo Borda). Ambos son selecciones parciales de los múltiples trabajos que Sanín Cano publicó a lo largo de su vida. (En nuestro trabajo, las citas textuales tomadas de estos libros las indicamos señalando, únicamente el título del libro y el número de la página correspondiente).

Baldomero Sanín Cano publicó entre 1925 y 1957 (año de su muerte) diez libros y un período mucho más amplio que va desde 1881 escribe con regularidad en periódicos y revistas<sup>2</sup>. Sus libros, que organizan de cierta manera su producción, no son monotemáticos sino más bien antologías personales que recogen artículos sueltos, muchos de los

2. Baldomero Sanín Cano escribió diez libros en castellano:

1. *Administración de Reyes (1904-1909)*, Lausanne: Imprenta Jorge Bridel y Co., 1909.
2. *La civilización manual y otros ensayos*, Manizales: Arturo Zapata Editor, 1934 (Existe una reedición de este libro en Santiago de Chile: Ed. Nascimento, 1952 con el título *Divagaciones filológicas*).
3. *Ensayos*, Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.
4. *De mi vida y otras vidas*, Bogotá: Ed. Revista de América, 1949.
5. *Tipos, obras, ideas*, Buenos Aires: Ed. Peuser, 1949. Este libro es una selección de artículos publicados en libros anteriores.
6. *El humanismo y el progreso del hombre*, Buenos Aires: Ed. Losada, 1955.
7. *Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos*, Bogotá: Ed. Mito, 1957 —obra póstuma— se indican únicamente con el título del libro y la página correspondiente).

Para tener una idea más exacta de toda la producción de Sanín Cano, a esta lista se deben agregar sus múltiples prólogos, sus libros escritos en inglés y también sus traducciones.

Para formarse una idea aproximada sobre la cantidad de artículos que Sanín Cano publicó en periódicos y revistas, tómese en cuenta que colaboró con mayor o menor regularidad con las siguientes publicaciones: *El Tiempo* (Bogotá), *Pan* (Bogotá), *La Nación* (Buenos Aires) del que además fue corresponsal desde 1914, *Revista Contemporánea* (Bogotá), cuyos doce números dirigió entre 1927 y 1929.

Tiene además artículos en *Trofeos* (Bogotá), *Revista de América* (Bogotá), *Revista de Indias* (Bogotá), *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica) —en esta revista tiene más de ciento cincuenta artículos—; *Hispania* (Londres), *La Sanción* (periódico de un sólo número dirigido por B.S.C.), *Revista Literaria* ( ), *Mito* (Bogotá), *El Telegrama* (Bogotá), *Nosotros* (Buenos Aires)...

A todo esto todavía habría que agregar sus artículos firmados con pseudónimos y otros escritos en inglés para el *Modern English Review*, el *Time* y *The Economist*.

cuales ya habían sido publicados anteriormente. No tiene Baldomero Sanín Cano ninguna obra donde desarrolle larga y detalladamente su pensamiento, nunca presenta un trabajo de tipo académico donde plantee y defienda una tesis. Su obra es dispersa y amplia, porque escribió con regularidad durante casi setenta años y de textos breves, puesto que sus reflexiones se canalizan en artículos más o menos cortos. De ninguna manera significa esto que no haya organicidad o profundidad en sus publicaciones. Por el contrario, hay líneas constantes e ideas fundamentales que reciben desarrollo reiterado. Reflexiones a propósito de alguna obra, un escritor o un acontecimiento político de actualidad, van armando el corpus de los ensayos de Sanín Cano que terminan por dibujar finalmente, en su interior, un pensamiento vigoroso de preocupación latinoamericanista, con claras concepciones sobre la literatura, la crítica y el devenir de la humanidad. Es constante en su obra el uso de un lenguaje directo y claro y subyace en todos sus artículos el deseo de explicar a los latinoamericanos y particularmente a los colombianos, ciertos valores culturales que él considera fundamentales.

Podemos adelantar que la variedad temática de sus artículos en ningún momento resta seriedad ni unidad a su pensamiento y que su profunda vocación docente es como un motor que lo obliga a escribir desde su temprana juventud hasta sus avanzados noventa y seis años.

## 2. Sanín Cano y su inserción en el período de modernización

Sanín Cano nace a mediados del siglo XIX, en 1861, cuando el proceso de emancipación mental de América Latina está en pleno auge. Junto con el impulso violento de apartarse de los modos de vida heredados de España se comienza una aproximación al panorama internacional donde la Revolución Industrial inglesa ya está en plena marcha, con sus correspondientes instituciones políticas, Francia está proponiendo nuevas estructuras políticas y Estados Unidos está implantando las también nuevas instituciones liberales y democráticas. Los países latinoamericanos desean integrarse al "progreso" del mundo que se comienza a llamar occidental y buscan, cada vez más intensamente, los medios que permiten dicha integración. Orden y progreso, sustentados en la confianza de una nueva educación, se presentan como las claves del éxito. El positivismo se impone como la ideología que aseguraría el bienestar social y el desarrollo económico de los pueblos. Hacia 1870,

Latinoamérica, en su afán de vinculación con el mundo, se inserta, desde el principio como bloque dependiente, en la economía mundial. El lapso durante el cual se fortifica dicha apertura -1870-1910- se suele llamar en literatura, arte y economía, período de modernización.

Angel Rama señala entre los rasgos fundamentales y diferenciadores de estos años el avance económico que vive América Latina, la profesionalización y especialización de la mayoría de los trabajos -incluyendo los escritores-, la constitución de un público culto urbano y un amplio despertar del interés por las literaturas europeas.

Debe observarse que la *modernización* se extiende impetuosamente por un período de casi cuarenta años, partiendo de los primeros tanteos al establecer el orden liberal positivo hacia 1870, desarrollándose bajo la cerrada oposición que tan bien ilustra Fray Candil, conquistando progresivamente su nuevo público para encontrar en el mismo Centenario de la independencia, ya alcanzada su oficialización, la recusación de los nuevos sectores sociales que promoverán el regionalismo y el vanguardismo (o modernismo, en el Brasil): en la década de los años diez ya están produciendo, coetáneamente, Rómulo Gallegos y Vicente Huidobro en un hemisferio y Lima Barreto y Mario de Andrade en el otro. Visto tan largo tiempo y la multiplicidad de áreas culturales del continente, sería vano pretender reducirla a una estricta unidad artística y doctrinal. La *modernización* no es una estética, ni una escuela, ni siquiera una pluralidad de talentos individuales como se tendió a ver en la época, sino un *movimiento intelectual* capaz de abarcar tendencias, corrientes estéticas, doctrinas y aun generaciones sucesivas que modifican los presupuestos de que arrancan<sup>3</sup>.

Dentro de este panorama histórico, comienzan a aparecer los artículos de Baldomero Sanín Cano. Es un lapso durante el cual las nuevas producciones artísticas, al igual que los otros productos, procuran competir en el mercado internacional y para lograrlo mejoran calidad y amplían el repertorio temático. Generalizando, se puede considerar que los intelectuales que surgen tienen una noción cada vez más clara de las particularidades de América Latina, de sus problemas y conflictos y, con una percepción ética, comienzan a analizar sus propios países.

El deseo de abrir las fronteras económicas y comerciales, coincide con el impulso similar de abrir las fronteras culturales. Hacia los últimos años del siglo XIX, el cosmopolitismo aparece como novedad renovadora que lleva a la mayoría de los escri-

3. Angel Rama: *La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)*, en *Hispanoamérica* No. 36, año XII, dic. 1983.

tores del período a tener un amplio interés por las literaturas extranjeras. Nombres tan diversos como Martí, Pedro Emilio Coll, Pedro César Domenici, Baldomero Sanín Cano y revistas como *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado* coinciden, en algunos momentos, en una actividad cultural cosmopolita. Hay un nuevo interés por Norteamérica y por una Europa que ha dejado de estar reducida a París y Madrid, para extenderse hacia Londres, Estocolmo, Copenhague, Berlín, Moscú... Del mismo modo, Ibsen, Brandes, Nietzsche... o Poe y Withmann pasan a ser referencias obligadas dentro de la noción de lo culto y los escritores comienzan a viajar y a hablar diversas lenguas.

Hacia las últimas décadas del siglo XIX, Sanín Cano es un joven e insatisfecho estudiante que no se conforma con las limitadas informaciones que le suministran los maestros y busca ampliar sus conocimientos en los libros. Ahí descubre algunos pensadores como Hipólito Taine, Enrique José Varona y Jorge Brandes, que van a ser fundamentales para él.

En su libro autobiográfico *De mi vida y otras vidas* (1949), Sanín Cano dedica varias páginas a relatar cómo, en 1887, a los dos años de su llegada a Bogotá, trabajando en la biblioteca de Rafael María Merchán, descubrió a Varona. En otras ocasiones también le hace homenaje el pensador cubano:

Era... la época más penosa de mi formación literaria. Salido de los claustros, con un título en mi poder... se me imponía el convencimiento de que no sabía cosa alguna. Necesitaba rectificar nociones falsas adquiridas en las aulas y complementar y redondear muchas nociones incompletas cuya permanencia en la mente es todavía más perniciosa que la de las falsas.

En ese preciso momento llegó a mis manos para mi ventura y deleite la obra de Enrique José Varona. Al lado de sus artículos de revistas estaban sus conferencias sobre la filosofía moderna. Recuerdo con verdadera complacencia la impresión que hicieron en mi ánimo las primeras páginas de ése para mí remoto mentor espiritual... En Varona, antes de leer al tozudo autor de la filosofía sintética o evolucionista, tropecé con los fundamentos y sospeché los alcances incalculables de ese método fecundo de investigación. Varona me enseñó el camino. Por entonces yo había menester de una fe. El noble espíritu del escritor antillano vino a suministrarme, por lo menos, la fe en el método y en la experiencia. Mi gratitud no tiene límites.

(*El oficio de lector*, p. 253-254)

Varona desarrolló en Sanín Cano la voluntad de investigar con método y seriedad y además, ambos pensadores coinciden en muchos otros aspectos. Los dos se ocuparon de un espectro muy amplio de temas generales (política, pedagogía, so-

ciología, filosofía) y también particularmente de la literatura; ambos manejaron un profundo conocimiento de la historia y coinciden en su preocupación latinoamericanista. Por otro lado, ambos se aproximaron con escepticismo al dogmatismo de Taine. En 1893, Sanín Cano publica en *El Relator* un breve artículo a propósito de la vida y obra de H. Taine, quien acababa de fallecer. En este momento, el joven crítico, ya tomaba distancia del método positivista y proponía que se debía tomar con cautela:

La obra de crítica literaria e histórica —de H. Taine— ha sido la más popular y es la más discutida, porque es en ella donde se ostenta más generosamente su vigor sistemático... es el que recomienda ver la obra de arte como un producto natural y estudiarlo, por lo tanto, de acuerdo con las condiciones exteriores de producción que son el ambiente, la raza y el momento. El método es brillante, ingenioso y original desde luego... No hay sino que el talento sistemático del maestro, lo lleva a generalizar en veces de modo inaceptable. Explicar la obra de Napoleón I con herencias psicológicas de los caballeros italianos de un siglo remoto, es ingenioso y hasta muy bello, plausible si ustedes quieren, pero tan fácil de sostener como la tesis enteramente opuesta.

(Hipólito Taine, en *El Relator*, 14 de marzo de 1893)

Otro pensador que ha marcado a Sanín Cano, tanto o más que Varona, fue Jorge Brandes. A este crítico danés debe, en parte, su modo de aproximarse a la literatura, así como también la manera de superar a Taine. Coinciden Brandes y Sanín Cano también en la concepción de la literatura que, implícitamente, manejan. Ambos trabajan el texto literario, según una orientación netamente humanista, como un producto que conjuga en sí misma a la vez, cualidades estéticas y de valor moral. (Sobre las consecuencias que esta concepción tiene sobre el modelo crítico que adopta S.C., hablaremos más adelante).

A principios del siglo XX, ya Sanín Cano se presentaba como un intelectual de sólida formación y un adelantado a su época, más si se toma en cuenta lo lentamente que avanzaron las ideas liberales y la modernización en Colombia, donde la filosofía neotomista dominó durante toda la república conservadora (1886-1930)<sup>4</sup>. Esta filosofía oficial se ve criticada únicamente por algunos jóvenes colombianos que propician una renovación. En-

4. Al respecto del proceso de modernización de Colombia y del largo predominio de la filosofía neo-tomista pueden consultarse, p.e., Rubén Sierra Mejía: *Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX*, en: *Ensayos Filosóficos*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 91-127, o también Darío Mesa: *La vida política después de Panamá*, en: *Manual de Historia de Colombia* (tomo III), Colombia: Procultura S.A., 1984, pp. 83-176.

tre éstos son importantes los aportes de Sanín Cano, junto con muchos otros como Carlos Arturo Torres, López de Mesa, Luis Tejada, César Uribe Piedrahíta, José Antonio Osorio Lizarazo, por nombrar sólo unos pocos. Cobo-Borda considera que los escritores de este período (finales del siglo XIX - mediados del XX) están unidos por la necesidad de romper con el pensamiento heredado<sup>5</sup>.

Si bien por su fecha de nacimiento Sanín Cano habría que vincularlo con el pensamiento positivista del continente, por su desarrollo intelectual, es evidente que su relación se da con los grupos renovadores de principios de siglo. Tal vez, el único artículo de Sanín Cano, deudor, en cierta medida, del positivismo es *Colombia hace 60 años* -escrito en 1888-, donde al hacer un recuento del libro de viajes de Gosselmann, cae en algunos esquematismos con respecto a la relación mecánica entre la obra y el medio, la raza y la herencia. Sin embargo, este tipo de posición desaparece inmediatamente de sus trabajos, para abrirse a una concepción neo-humanista que reacciona contra los excesos del cientificismo decimonónico.

Una evolución similar se puede señalar en su actividad política. Sanín Cano colabora con entusiasmo con la administración de Rafael Reyes (1904-1909) porque piensa que este presidente es capaz de imponer el orden suficiente para llevar cierto progreso y bienestar económico a Colombia. En 1909, en *Administración de Reyes*, decía:

El país todo entraba de lleno en un período de actividad. Las pequeñas industrias florecían visiblemente. Los capitales colombianos empezaban a adquirir confianza en sí mismos y en los recursos del país y con cautela empezaban a colocarse en industrias nuevas... todo mostraba que el país hacía ya el recuento de sus energías para incorporarse y seguir el rumbo actual del mundo culto en busca de la prosperidad material.

(Escritos, p. 95)

5. Cobo Borda señala que hacia los años 30 se impone un cambio de sensibilidad en Colombia, cambio que se manifiesta con nuevas proposiciones tanto en la literatura como en las artes plásticas:

*Este afán renovador, en otro campo, bien puede seguirse a través de los escritos de Jorge Zalamea quien ya en 1926 había publicado, en un diario bogotano, el primer informe coherente acerca de lo que el muralismo mexicano significaba para América. Es durante la primera administración de López Pumarejo (1934-1938), en la cual Zalamea toma parte activa cuando un numeroso grupo de pintores, escultores, muralistas (Pedro Nel Gómez, Luis Alberto Acuña, Rómulo Rojo) hace la generación del 30, dentro de las artes plásticas nacionales, y según las palabras de Alvaro Medina, "la más significativa de Colombia en el presente siglo..."*

Cfr. J.G. Cobo Borda: *Notas sobre literatura colombiana*, en: *Colombia hoy*, Bogotá: Siglo Veintiuno Ed., 1981, p. 334.

En el futuro, esta confianza se irá matizando y con los años llegará a ser una clara desilusión. Sanín Cano descubre que la modernización ha sido aparente y que este gobierno, calificado posteriormente como el *porfiriato* colombiano, nunca aseguró el bienestar social que en un principio prometía. Hacia 1910 ya aparecen artículos donde Sanín Cano diserta sobre los niveles de dependencia de la economía colombiana y del peligro que eso significa y comienza a publicar artículos de alerta, en tono agresivo, también contra el imperialismo norteamericano<sup>6</sup>.

Su optimismo desaparece para abrir paso a un desilusionado pesimismo. Si bien Sanín Cano sigue confiando hasta el final de sus días en algunos valores éticos como "bondad", "honestidad", "sinceridad", así como en los valores culturales que entiende como la expresión de lo más valioso que posee la humanidad, desconfía, cada vez más de los políticos, de los partidos y de todo tipo de discursos oficiales llenos de grandes promesas y de retóricas grandilocuencias<sup>7</sup>.

### 3. Sanín Cano y la actividad periodística

Las anécdotas y biografías de Sanín Cano señalan que él personalmente nunca tuvo interés en publicar libros y que generalmente fueron los amigos quienes recopilaron sus diversos artículos para entregarlos a las editoriales. Esta circunstancia explica, en parte, la diversidad de temas que tocan sus libros. Estos no fueron escritos con vocación

6. Cfr. algunos artículos de Sanín Cano como p.e., *La guerra contra el pueblo*, en *Hispania*, 1-7-1914, *El coronel Roosevelt*, en *Hispania*, 1-7-1914, o *Ni superiores ni inferiores, diferentes*, en *Universidad*, No. 93, 4-3-1928.

7. El rechazo a los Estados Unidos, como lo muestra Carlos Real de Azúa, en su artículo *El modernismo literario y las ideologías* fue una actitud que con diferencias de matiz se dió en la mayoría de los modernistas (en un sentido muy amplio del término modernista). Este rechazo provenía de la actitud intervencionista de Estados Unidos que se acentuó en los primeros años del siglo. Además la posición humanista de los intelectuales que predicaban el arte y la cultura universal como las expresiones más valiosas del hombre se veía en franca oposición con el utilitarismo y economicismo que dominaban en el país del Norte. *Cual más cual menos casi todos los modernistas miraron en algún momento de su formación con simpatía tibia o firme las corrientes de protesta y reivindicación social, de inspiración socialista-marxista o anarquista que iban tomando cuerpo en las ciudades latinoamericanas... Al pleno modernismo pertenece un poema como "Anarkos" de un tan notorio oligarca colombiano como lo fue Guillermo Valencia, con cierta simpatía por la revolución y la lucha obrera y Chocano se enorgullecería años más tarde de haber fundado en sus tiempos juveniles una cooperativa de producción periodística...* (Cfr. *Escritura*, No. 3, Caracas, enero/junio, 1977).

de unidad; son recopilaciones de artículos cortos y reflexiones a propósito de temas diversos. Por ejemplo, su libro *Ensayos* (1942) comprende una serie de trabajos irregulares: comentarios sobre literatura argentina, teatro contemporáneo, escritores de Europa central como Peter Altenberg y otros británicos como Samuel Butler, aproximaciones a la poética del colombiano Guillermo Valencia y a la del italiano Carducci... Pasa también por asuntos más generales como los orígenes del arte o la relación entre originalidad y plagio. Toca el tema zoológico del *hornero*, ave común en Argentina, y reflexiona también sobre el legado de la cultura greco-latina. Esta diversidad es rasgo constante y significativo de toda su obra y se vincula con su actividad en la prensa.

Mucho antes de publicar su primer libro, Sanín Cano colabora con periódicos y revistas. En pleno período de modernización literaria, cuando aparecen sus primeras publicaciones, el periodismo era una actividad fuertemente desacreditada en toda América Latina y su ejercicio estaba reservado a cronistas, políticos y aficionados que lo manejaban con la suposición implícita de que colaborar con la prensa no exige ninguna preparación o lectura previa. El *periodista* comentaba cuestiones económicas o políticas que en realidad desconocía, sustentado en un desprecio hacia sus lectores, a los cuales consideraba simplemente ignorantes. Refiriéndose a este período, Mariátegui muestra que la prensa inventaba y tergiversaba las noticias casi a su antojo<sup>8</sup>. Sin embargo, a medida que Latinoamérica desarrolla, bajo la presión de la inversión extranjera, sus años de aparente progreso material, se nota una proliferación en las publicaciones de periódicos y revistas. Estos aumentan en cantidad y en calidad y se comienza a distinguir entre el periodista profesional y el aficionado. Además, la crónica—corto artículo informativo—pierde popularidad frente al ensayo que significa una elaboración profunda, apoyada por un amplio bagaje de conocimientos sobre el tema que trata. Sanín Cano colabora intensamente en muchos periódicos de todo el sector hispánico y su trabajo influye tanto sobre la reivindicación del concepto mismo del periodismo como en la imposición del ensayismo como actividad divulgativa y docente de importancia y popularidad. Se va configurando, especialmente en las ciudades latinoamericanas, un público receptor que lee los pe-

8. José Carlos Mariátegui: *Sanín Cano y la nueva generación*, en *El Tiempo*, Bogotá, 25 de diciembre de 1927 (Este artículo también está reproducido en *Escritos*, pp. 763-766).

riódicos con atención y se interesa de manera particular por los ensayos, los cuales muchas veces discute y lleva a polémica. Dentro de este ámbito, el nombre de Sanín Cano se impone con rapidez.

Paralelamente al importante desarrollo del periodismo, se dio la literatura modernista y se consolidó un importante grupo de ensayistas. Escriben ensayos periodísticos Darío, Martí, Henríquez Ureña, Mariátegui, Reyes, Blanco Fombona, Sanín Cano... y muchos otros.

Dentro de la modernización económica que se consolidaba, la presencia del trabajador especializado se hacía cada vez más necesaria. La nueva mentalidad emergente fue marginando al poeta y aceptando al periodista, cuya labor llega a formar parte indispensable del engranaje social. Bajo esta presión, el escritor, que antes compartía su tiempo a menudo entre el ejercicio de la política y su producción artística, se vio también forzado a asumir alguno de los oficios que el medio social le ofrecía y retribuía con salarios. Pedro Henríquez Ureña describe así la situación:

Comenzó una división de trabajo. Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política; los abogados, como es de costumbre, menos y después que los demás. El timón del Estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos... Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o maestros, cuando no en ambas cosas<sup>9</sup>.

Este sería, en parte, el caso de un escritor como Baldomero Sanín Cano, quien ciertamente asume la actividad periodística como el trabajo que desea desarrollar en toda su riqueza y con todas sus limitaciones, pero sin que ello signifique un abandono radical de las actividades políticas. Sanín Cano, si bien no ejerce el periodismo como oficio, encuentra en la prensa y en las revistas el medio más adecuado para comunicarse con un público relativamente *amplio*<sup>10</sup>. Como él mismo lo testimonia, era el medio que utilizaban la mayoría de los intelectuales de la época.

9. Pedro Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 165.

10. La *amplitud* del sector lector en Latinoamérica era, en las primeras décadas del siglo XX (y sigue siendo) bastante reducida. Basta tomar en cuenta los niveles de analfabetismo. Sin embargo, la prensa mucho más que el libro llegaba a los públicos *cultos* y también a sectores medios, recién constituidos que comenzaban a interesarse en los acontecimientos internacionales y en las reflexiones sobre política, economía, arte... El mismo Sanín Cano observaba: *Si en Bogotá*

Que no se publiquen en Colombia muchos libros de autores colombianos, se explica. La prensa diaria absorbe casi toda la actividad intelectual.

(*El humanismo y el progreso del hombre*, p. 224)

La publicación diaria en la prensa no elimina, en el caso de Sanín Cano, su intervención en la política<sup>11</sup>. Por el contrario, mantiene a lo largo de su vida un equilibrio entre ambas actividades (sin convertirse, evidentemente, en político profesional). Colabora constantemente con una gran variedad de periódicos y revistas del continente y también de Europa, es corresponsal de *La Nación*, por diversos períodos, en Londres, Madrid y Buenos Aires, pertenece al comité de redacción de la *Revista de Indias* y tiene muchos otros trabajos afines. Al mismo tiempo, interviene con entusiasmo y confianza en la gestión presidencial de Rafael Reyes (llega a ser ministro de hacienda interino, en 1908), más adelante es nombrado cónsul en Londres, y en varias ocasiones, es representante a la cámara por el partido liberal. En los años en los cuales no está vinculado al gobierno y no actúa directamente en política, lo hace indirectamente, como ideólogo, a través de sus publicaciones y sus constantes reflexiones sobre acontecimientos nacionales e internacionales. Sanín Cano se desenvuelve, cada vez más marcadamente, como conductor espiritual e ideólogo. En su ensayismo se funden su actividad primordial, que consiste en vincular Colombia con el qué hacer cultural del mundo desarrollado, y su actividad política, de orientador crítico sobre los rumbos del mundo. Hacia los finales de sus días declara:

No ambiciono puesto de mando. Considero la política en cuanto a mí se refiere, como labor de enseñanza y difusión, de conocimiento, no como una profesión. Carezco de toda capacidad de mando, tal vez por excesivo respeto a la libertad ajena.

(*El Tiempo*, 12-3-1951, ¿Por qué soy liberal?

viven de ordinario doscientas mil personas (de las cuales 45% apenas vegetan, y de más del 10% apenas puede decirse que existen), si en Bogotá hay doscientas mil almas, el número de ventas de los diarios debería ascender a veinte mil ejemplares. La cifra de ventas, como es notorio, es muy inferior, porque en Bogotá, como en Madrid de España, hay que añadir al tanto por ciento de analfabetos ordinarios una crecida cifra de analfabetos que saber, leer y escribir, para mayor escarnio... (Cfr. *El oficio de lector*)

11. Angel Rama ha señalado que la especialización que muestra Henríquez Ureña fue sólo parcialmente cierta puesto que la mayoría de los representantes de la modernización siguieron actuando en política y aun ocupan puestos señalados de liderazgo, aunque sus doctrinas hayan sido rudamente opuestas unas a otras. Basta con citar los nombres de José Martí, Justo Sierra, Manuel González Prada, José Enrique Rodó, Rui Barbosa, José Gil Fortoul, Rufino Blanco Fombona... (Cfr. art. cit. p. 14).

Como muchos otros representantes de la modernización, Baldomero Sanín Cano asumió la política como actividad que está por encima de las fragmentaciones partidistas y lo integró a su función intelectual.

El ensayo periodístico tiene algunos rasgos específicos puesto que la prensa exige artículos cortos, accesibles a un público *amplio* y de temas siempre novedosos. Sanín Cano se vale de todas estas características y las logra conjugar con la reflexión profunda y la labor creativa. Si bien el periodismo lo lleva a una constante tensión renovadora, coordina la novedad de temas con una cosmovisión básica que no modifica de artículo en artículo. En una ocasión declara:

...soy periodista, función que consiste en difundir para enseñanza o entendimiento de las gentes, o solamente para alimentar una curiosidad inepta, el conocimiento de hechos o de ideas propias o ajenas. Careciendo de interés por el suceso diario, he tomado por actividad ordinaria la difusión de ideas y nociones, según mi manera de entenderlas. Las ideas del hombre son pocas; sus nociones se agotan rápidamente cuando tiene el oficio de difundirlas. Estudio con asiduidad y con deleite varias disciplinas a un mismo tiempo, para estar en capacidad de apreciar las ideas y nociones emanadas de la continua investigación y del constante estudio de los especialistas, no para rivalizar con ellas, sino para comunicar a los lectores premurosos lo que de otra manera les pasaría inadvertido. Además, al periodista, al escritor cotidiano, las matemáticas, la historia natural, la química, le ofrecen la oportunidad de hallar nuevas imágenes, formas no explotadas de expresión, venas sin explorar en las bellas sendas de la poesía<sup>12</sup>.

En muchos otros artículos, ha reclamado para sí —por encima de otros títulos— el de periodista. Sus palabras de agradecimiento por el homenaje que le hace la revista *Nosotros*, en 1925, también ilustran esta postura, al declararse alejado de los poetas, dramaturgos, filósofos... para identificarse, por último, con lo que llama *la bella profesión del periodista*.

El periodismo, así concebido, es una actividad que se acopla al otro aspecto importante de Sanín Cano: el de crítico literario. A través de la prensa demostró que las limitaciones espaciales (brevedad) y las concesiones a un público lector relativamente amplio y desinformado (el discurso confi-

12. Baldomero Sanín Cano: *Las memorias de los otros*, en *Revista de Indias*, segunda época, t. 1, No. 1, Bogotá, dic. 1938, pp. 16-43. (Citado también por José Antonio Portuondo en su artículo *Elogio del dilettante*, en *Revista Iberoamericana*, Año XII, No. 26, febrero 1948, p. 246).

gurado en función del receptor) no necesariamente tienen que condicionar un producto final de baja calidad.

#### 4. Sanín Cano y su diálogo con las literaturas extranjeras

El siglo XIX colombiano transcurre en un ambiente cerrado y provinciano que muy poco se comunica con el mundo exterior. Hay poco interés por las literaturas extranjeras; la cultura se identifica con Italia, con el clasicismo y, en menor medida, con España. El afán internacionalista se da apenas a principios del siglo XX. Sanín Cano, muy acorde con el cosmopolitismo de la modernidad, aprende alemán, inglés, francés, danés... y eso inmediatamente le permite salirse de las fronteras colombianas y tener acceso a textos novedosos, de reciente publicación, aún en Europa. Mientras la moda dominante es fijar los ojos en París e imitar las maneras de escribir y hasta de vivir franceses, él se aproxima con una visión amplia a la cultura europea y no se parcializa por ningún país en particular. Sus lecturas son muy variadas y su interés central se va fijando alrededor de los escritores y sus obras. Considera que el arte es importante porque además de *divertimento* y belleza, es también la expresión social de una época o de un sector social. En este sentido le corresponde a la crítica literaria rescatar y explicar esta relación entre obra y coyuntura histórica.

Hablo especialmente de la literatura, porque esta forma de expresión social del alma humana ofrece en forma lacónica el más completo resumen del alma y del pensamiento de un pueblo.

(*El oficio de lector*, p. 267)

La actividad de Sanín Cano, en cuanto crítico literario, está planteada con una finalidad divulgativa y didáctica. Está implícito en su labor el principio de resonancia romántica de que para que los pueblos se eduquen y se eleven espiritualmente es necesario que conozcan aquello que se suele denominar *la cultura universal*. Dentro de ese marco, con un eurocentrismo evidente, desea traer a América los productos literarios de un continente que él ve maduro y en excelentes condiciones de producir *obras maestras*. Esta postura no lo lleva al extremo de muchos otros escritores de su época de menospreciar lo latinoamericano. Su interés por la literatura colombiana es constante y, cuando vive en Argentina, se involucra con las obras de este país y se mantiene, en general al día con el acontecer literario del continente. Escribe innumerables veces sobre Darío, José Asunción Silva,

Barba-Jacob, Gerchunoff, Alfonsina Storni, Miguel Antonio Caro... pero el foco de su atención está en Europa, especialmente en Inglaterra, los países nórdicos, Austria e Italia. Comenta y cita con frecuencia a Brandes, Taine, Nietzsche, Fitzmaurice-Kelly y, por otro lado a Ibsen, Peter Altenberg, Wordsworth, Carducci, Marinetti, Max Nordau, T.S. Eliot...

A veces, esta actitud es juzgada como extranjerizante de manera despectiva y se le reclama que no puede ser considerado crítico colombiano quien se dedica siempre al estudio de la literatura extranjera. El se defiende contra estas absurdas acusaciones con ironía y con humor, planteando claramente que no hay contradicción alguna entre ser colombiano y estudioso de la literatura europea, todo a un mismo tiempo:

Creo fácil tarea la de explicar al público mi aparente predilección por los autores extranjeros. De un lado mi capacidad juzgadora es tardía. Otros críticos leen por la mañana un libro y a la noche tienen listo el artículo de análisis para ilustrar al público el día siguiente. En mi caso, la formación de un concepto preciso acerca de la obra exige una maduración de muchos días auxiliada por la comprensión del libro recién aparecido con otros de más antigua data debidos a la misma persona, auxiliada dicha maduración sobre todo con datos relativos a la vida del autor... Veo de lejos menos mal que de cerca. Me parece más clara la imagen de Alfred Polgar colocada en Viena o en Berlín que la de algunos escritores de su clase y cuya actividad se ejerce en Colombia... Se necesita de la perspectiva histórica y de alguna distancia en los paralelos geográficos para juzgar las obras literarias... Se goza además de libertad completa y de absoluta independencia de criterio hablando de autores extranjeros. Mis juicios tienen por lo menos la posible garantía de independencia y de imparcialidad... Por otra parte, no hace falta en Colombia quien analice con tino y no sin gracia las obras de colombianos muertos y vivos. Mi excelente amigo Luis Eduardo Nieto Caballero se ocupa en ello con una dedicación y una competencia laudables...

(*El oficio de lector*, p. 64-65)

Por lo demás, en sus artículos, es casi constante la vinculación de los autores europeos con los latinoamericanos. No se trata de estudios comparativos, sino que generalmente, Sanín Cano trae a relucir un escritor latinoamericano para dar una referencia y explicar mejor la obra, poco o nada conocida, del autor europeo que va comentando. Al hablar de Bernard Shaw entabla cierta relación con José Asunción Silva, en el artículo sobre Carducci, con Miguel Antonio Caro, en el Wordsworth, con Diego Fallón, en el de Giovanni Papini, con Bello y Cecilio Acosta...

A la inversa sucede lo mismo: cuando trabaja a Jorge Isaacs lo remite a Manzoni, y a Juan de Dios

Uribe lo explica a través de Tolstoi. Este constante mirar hacia los dos continentes muestra que si bien Sanín Cano valora y admira la literatura europea no se asimila a ella sino que la lee para traerla hacia América Latina. Con un impulso similar que llevó a Bello a escribir una *Gramática al uso de los americanos*, a Martí a hablar de *Nuestra América*, Sanín Cano desea traer hacia Latinoamérica aquello que desde su perspectiva, es la *Cultura universal*, manteniendo siempre una clara distinción de lo latinoamericano como autónomo y no como continuación de Europa y menos aún de España:

...es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materia de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia, y de asimilarse uno a lo escandinavo, lo que resulta, no precisamente reprehensible, sino lastimoso con plenitud, es llegar a Francia y no pasar de ahí.

(*El oficio de lector*, p. 92)

## 5. Sanín Cano: crítico literario

Se echa de menos en la labor ensayística de Sanín Cano un estudio largo que aclare el concepto de crítica que el autor maneja.

A nivel teórico, apenas se puede rastrear en su producción la exposición de argumentos poco desarrollados y comentarios que se dan como al pasar. Sin embargo, en la práctica, en los artículos de ejercicio de la crítica, se observan denominadores comunes, modos repetidos de abordar el texto que se analiza y adhesiones, también puntuales, a ciertos modelos de crítica. Esta constancia permite concretar la existencia, en la producción ensayística de Sanín Cano, de una crítica literaria construida sobre firmes presupuestos teóricos.

La organización misma de sus artículos mantiene líneas constantes: a menudo comienzan con biografías y pasan luego a describir un texto en líneas muy generales. Esta primera descripción se dirige al receptor que no conoce el libro que se está comentando y le da la información suficiente para ubicarlo y entenderlo. En un tercer paso, delimita lo que llamaríamos la *propuesta estética* fundamental de la obra, poniéndola en relación con otras propuestas similares del mismo contexto espacio-temporal, mostrando coincidencias y diferencias. Por último, Sanín Cano busca descubrir,

en el texto, el *fondo espiritual* del autor. Estos niveles se dan entremezclados puesto que todos apuntan hacia el último elemento que explícitamente Sanín Cano considera el más importante de la obra: la persona del autor.

Subyace a este proyecto crítico una definición de la literatura –del fenómeno artístico– en virtud de su calidad ética, de su mensaje y de algún propósito superior, concepción que tiene cierta relación con el idealismo hegeliano y se aproxima mucho a la de otros pensadores de la época como, p.e., Rodó y, muy especialmente, Brandes.

Algunos artículos de Sanín Cano realizan un análisis de texto tan detallado y con tanta atención a rasgos del tipo verificación, sintaxis, etimología... que se hace evidente una vinculación con la tradición filológica. Otros, fijan su atención en las biografías, buscan en ellas la relación genética de la obra de arte, vinculándose así con la crítica de tradición romántica del siglo XIX, en la línea de Sainte-Beuve. El acento puesto en el temperamento del autor, junto con el impulso civilizador y educador, así como el proceso de vinculación de la obra estudiada con otras obras similares, le llegan fundamentalmente del trabajo de Brandes.

En esta especie de eclecticismo, donde el escritor toma un poco de diversos modelos sin adherirse dogmáticamente a ninguno se va desarrollando una crítica orgánica, fundamentada en la observación atenta del texto y en la investigación del temperamento del escritor. Se aleja así de la valoración superficial o impulsiva que los periodistas suelen practicar y supera también las limitaciones del impresionismo modernista. Sanín Cano no se adhiere a ningún modelo establecido de crítica porque propone que todo sistema heredado de pensamiento debe ser revisado adaptado a las nuevas necesidades. Advierte, en múltiples ocasiones, sobre la necesidad de replantear, en Colombia, los fundamentos filosóficos de la crítica literaria, junto con la necesidad –que considera urgente– de renovar la *perspectiva moral* de las personas. Hay conciencia en él, en este sentido, de estar inserto en un período de transición que fuerza a revalorar el sistema de pensamiento.

Las letras no pueden vivir seguidamente de unos mismos valores. Si cambia por causa de la experiencia acumulada, o en razón de hipótesis científicas más o menos plausibles, la manera de entender el universo, la de apreciarlo, deben modificarse también las perspectivas morales. Los valores estéticos se van alterando. Es preciso ir haciendo una revisión de ellos a medida que las ideas cambian. Parte del malestar que se siente hoy



por doquiera, nace de que ciertas conclusiones de la ciencia se han impuesto brutalmente en la vida, al paso que el código de los valores morales sigue siendo el mismo, el que corresponde a otra visión del mundo y a otra etapa de los conocimientos. Hay necesidad, como dijo el filósofo inmisericorde, de reevaluar todos los valores. Prepararnos para tamaña empresa es uno de los oficios que ha de llenar, sin precipitaciones, el estudio de las literaturas extranjeras.

(*El oficio de lector*, p. 93)

Esta conciencia de un mundo en crisis que está vi- viendo intensos cambios hace que Sanín Cano considere que la crítica literaria no debe proponerse el descubrimiento de verdades últimas sino de conocimientos transitorios. En un mundo donde los nuevos descubrimientos se están dando aceleradamente y la fe positivista en la ciencia está desmoronándose, Sanín Cano propone que todo conocimiento debe ser tomado con cautela, negándose de esta manera a todo tipo de dogmatismo:

La ciencia sólo trata de acumular experiencias, de recoger datos, de clasificarlos con mira de llegar a una conclusión, si es posible; pero tal conclusión no es una verdad, es un punto de vista provisional destinado a una revisión casi segura por un volumen mayor de experimentos o de hechos clasificados.

(*El oficio de lector*, p. 254)

A base de estos presupuestos –tomar el pensamiento establecido con cautela y no intentar fijar verdades– propone una crítica cuya primera meta es leer atentamente los textos, desglosarlos, para luego descubrir lo que está detrás de la obra: un hombre y una época. Entiende que en el arte se puede leer tanto la personalidad del autor como la visión del mundo de un sector social, espacial y temporalmente delimitable y que el crítico está en la obligación de interpretar ambos niveles.

En una pintura suele no haber más que figuras o paisajes fácilmente captables; pero para el crítico hay, detrás de las figuras o de los colores y sombras del paisaje, un alma: la del pintor que trazó estos rasgos y amontonó los colores y aún más: hay una época con todas sus preocupaciones y su concepto general de vida.

En 1946, a propósito de un polémico artículo de Hernando Téllez<sup>13</sup> Sanín Cano define en unas líneas lo que él entiende por crítica literaria y

13. En su polémico artículo, Hernando Téllez proponía que Colombia no tenía aún una crítica literaria coherente porque no estaban dadas las condiciones para que una crítica seria se desarrollara en el país. Considera Téllez que para que exista la crítica debe haber una extensa y profunda tradición literaria y artística, por lo que hay crítica en Inglaterra con facilidad. En Colombia, están todavía por establecerse las tablas de valores estéticos que permiten relacionar los aportes nuevos con los viejos. Considera además que el sistema de referencias de un país a otro no es procedente y que, por lo mismo, la crítica literaria en Colombia tiene *perplejidades, azares y deficiencias*. (Cfr. *Azares y perplejidades de la crítica*, en *El Tiempo*, Bogotá, 15 de sept. 1946).

cuáles supone que deben ser los alcances de esta disciplina. Insiste en que el concepto y el modo de ejercer la actividad crítica cambia con los años, por lo que si bien en algún período hacer crítica literaria pudo haber consistido en repetir lo que hayan dicho las autoridades consagradas o en juzgar las obras en función del gusto del que escribe, para él, eso ya está obsoleto y exige una revisión. Al crítico le corresponde, según Sanín Cano, profundizar en la comprensión de la literatura mediante una lectura analítica que descarte, en la medida de lo posible, las motivaciones del gusto personal. El crítico literario debe estar en condiciones de realizar una lectura privilegiada puesto que estará formado y entrenado para ello:

La crítica literaria [no] es la apreciación de las obras de arte verbales conforme a cánones establecidos por el principio de autoridad, por las prescripciones de la psicología o por el gusto de quien ejerce tan escabrosa y complicada labor. Hay por eso varias formas de este género de expresión de la inteligencia comunicativa... La crítica abarca todas las formas del pensamiento, porque criticar, según lo está evidenciando el origen de la palabra, es fundar, discenir, opinar. La crítica literaria tiene su campo de acción en el análisis de las obras de arte pertenecientes a la literatura. Se insinúa en otros géneros con la voluntad determinada del autor o a pesar suyo. No hay límites precisos. Hay novelas en que la crítica literaria forma parte de su contenido... La crítica fue considerada, antes de ahora, como ejercicio de corrección o castigo, según leyes aceptadas por una tradición apoyada en tendencias docentes del espíritu humano.

Hoy la crítica es más bien un procedimiento de comprensión, de análisis o de explicación, siguiendo los senderos abiertos por los explotadores en el estudio del abstruso mecanismo del pensamiento...

(*El Tiempo*, Bogotá, 20-4 1947)

Muchos años antes, cuando apenas comenzaba a publicar sus artículos, ya insistía en que la crítica literaria debe *explicar y comprender*, sin pretender alabar o escarnecer las obras desde un punto de vista personal.

Sanín Cano hace una distinción entre lo que él llama *actitud crítica natural*, que está presente en todo ser humano y cuyo ejercicio no es voluntario, y la crítica literaria, que es una profesión y, como tal, presupone unas condiciones especiales. Si bien el hombre en un *animal crítico* por nacimiento y juzga constantemente el universo que lo rodea, esa facultad en nada se parece al que ejerce el crítico literario. Este último debe ser una persona preparada, con conocimientos amplísimos de filología, literatura en lengua propia y extranjera, idiomas, filosofía... y además debe ser una perso-

na *honest* y *sincera*, cualidades sin las cuales los hombres no pueden pretender acceder a la comprensión de la cultura:

Para este noble empeño... [el del ejercer la crítica literaria] es preliminar indispensable el conocimiento de varias literaturas, de la ciencia filológica, de las obras maestras de ciertos ingenios universalmente difundidas y contribuyentes generosas en la formación del pensamiento universal. Aunque la adquisición de este fondo de conocimientos no depende siempre de la voluntad del individuo y de sus ramificaciones escapan a la comprensión de la inteligencia promedial, podría aceptarse que la voluntad de saber habilita para llegar a poseer todos o casi todos esos conocimientos. Pero hay una virtud espiritual susceptible de cultivo cuando existe orgánicamente, pero de imposible adquisición cuando no se ha recibido como dote de la naturaleza. Es el buen gusto... Sin esa condición esencial, sin ese leve utensilio de la provisión intelectual, no se puede ejercer la crítica literaria, la crítica del arte, el análisis de formas y de sentimientos, competentemente y en la extensión que piden sus objetos.

(*El oficio de lector*, p. 296)

Esta larga lista de condiciones, difíciles de conseguir, hace que sean escasos los críticos que Sanín Cano reconozca como tales. Admira a Sainte-Beuve, dentro del romanticismo francés, le da méritos, aunque menores, a Maculay y a Coleridge, dentro de las letras inglesas y, en su propio ámbito colombiano, considera que el crítico es raro porque se hace poco énfasis en las universidades y en los colegios sobre el estudio de las humanidades. Apenas nombra como valerosos algunos de los trabajos de Eduardo Castillo, los de Luis Eduardo Nieto Caballero y los de López de Mesa. Pero, en realidad, personalmente toma distancia y no se identifica con el trabajo de ninguno de los arriba mencionados. El único crítico que lo convence plenamente y con el cual trata de identificarse es Jorge Brandes, porque, al igual que el danés, Sanín Cano busca tras la obra de arte la *personalidad* del autor y el *espíritu* de la época.

En variadas ocasiones hace explícita esta vinculación que le viene desde 1880, cuando descubre en el *Berliner Tageblatt* las publicaciones semanales de Brandes, quien para la fecha ya era un crítico versado. Sanín Cano queda cautivado ante el estilo claro y lenguaje concreto del danés, al igual que ante su sabiduría y metodología. Se identifica plenamente con Brandes al considerar como presupuesto del trabajo crítico que la aproximación a la literatura debe consistir en un análisis textual que sirva de escalón para acceder al descubrimiento del *estado del espíritu* de los escritores, para luego relacionarlo, en un nivel más amplio, con el medio ambiente en que se produce la obra de arte. Sanín

Cano se apropia de este modelo crítico y retoma inclusive muchos de los temas que Brandes ha trabajado: Zola, Nietzsche, Shakespeare... En uno de sus ensayos de 1942, define a Brandes y evidentemente se está refiriendo también, un poco, a sí mismo:

La base de sus indagaciones [se refiere a las de Brandes] es una absoluta libertad de pensamiento. No critica para enseñar y menos para corregir. En toda su obra no hay un solo trabajo destinado a demoler libros o reproducciones ajenas. Lo insignificante, aunque haya tenido admiradores, no lo tienta como fenómeno social. Lo feo, detestable, lo impuro, lo artificioso, lo dejan indiferente. Sigue el consejo de Renán: *On ne doit parler que de ce qu'on aime*.

(*Ensayos*, p. 115)

Sanín Cano también se identifica con la vocación cosmopolita de Brandes —ambos críticos estudian preferiblemente autores extranjeros a sus correspondientes países— y con su actitud escéptica frente a los modelos conocidos de crítica. Tanto Brandes como Sanín Cano construyen su propio modo de acercarse a la literatura, intentan posiciones renovadoras que si bien se alimentan de algunos modelos establecidos no se guían por criterios de autoridad y cuestionan con agudeza y afinado criterio. Así, Brandes admira en Taine el espíritu sistemático pero considera que la relación medio-obra es evidente en unos casos y no en otros:

Considerado [escribe Brandes] del punto de vista estético, es el libro, como obra de arte, un todo que existe de por sí, aparte de las relaciones con el mundo exterior. Estéticamente se le puede explicar por medio del pensamiento dominante que lo ha inspirado sin referirse al autor o a su medio y sin considerarlo como organismo<sup>14</sup>.

Sanín Cano sostiene una relación todavía más profundamente cuestionadora con respecto a los modelos establecidos de crítica literaria. Vale la pena reproducir una larga cita para ilustrar esta posición donde se aprecia que Sanín Cano conoce los más importantes modelos críticos y ninguno lo convence a cabalidad:

En los estudios que siguen, el autor [Sanín Cano se está refiriendo a sí mismo] no ha aceptado pauta ninguna. Los años le han desengañado de las escuelas, de los sistemas de los nuevos procedimientos. En su adolescencia oyó ensalzar los preceptos de Hermosilla, la infalibilidad de la retórica y el buen gusto de Nisard. Asistió de joven a los combates de la gran revolución contra la retórica encabezada por un retórico nuevo de gran ta-

14. Jorge Brandes: *La historia de las corrientes literarias del siglo XIX*, citado por B.S.C. en su artículo *Jorge Brandes*, en *Escritos*, p. 502.

lento perturbado por algunas convicciones profundas acerca de la teoría determinista y del sistema experimental de Claude Bernard. Por los mismos días y casi a un mismo tiempo Verlaine decía:

*Rien de plus beau que la chanson grise  
où l'indécis au précis se joint.*

y Flaubert, con el número abundante y la calidad respetable de sus admiradores, afirmaba que no había más que una palabra para representar cada idea o sensación y torturaba sus nervios y ennegrecía las cuartillas y las pruebas de imprenta buscando el término preciso o eliminando un segundo genitivo. Lamaitre se atenía a su gusto de impresionista y se mofaba de la crítica científica. Taine propugnaba el método de la facultad dominante y de las tres influencias, antes que Hennequin propusiera los cánones de la crítica científica, lo cual no impidió que los simbolistas se empeñasen en demostrar que sugerir era superior a descubrir o enseñar, y que toda obra de arte había de ser un símbolo o no era nada, para que después viniesen los expresionistas a afirmar estridentemente que el poeta, el pintor, el músico, el arquitecto no debían seguir otro impulso que el de expresar su propia personalidad, afirmación un tanto tardía, porque aun sin quererlo, los artistas malos, buenos y mediocres no hicieron ni hacen otra cosa, voluntariamente o sin saberlo, que poner más o menos al desnudo, delante del público, su fuerte o lánguida, su brillante u opaca mentalidad. Esta rápida sucesión de escuelas y puntos de vista ajenos predisponen al escepticismo.

(*El oficio de lector*, p. 66)

A pesar de que Sanín Cano se fija como objetivo de su aproximación crítica llegar al *fondo espiritual* de los autores, no descarta la explicación de los procesos literarios entendidos como corrientes que reúnen tendencias generalizadas y series de obras producidas en condiciones similares y marcadas por denominadores comunes. La consideración de que la obra de arte surge espontáneamente como la expresión de un ser privilegiado y genial vincularía a Sanín Cano con la tradición romántica y biografiada de Sainte Beuve, pero él matiza esta posición sin caer en el otro extremo, tainiano, de considerar la obra como resultado de las condiciones del medio y así intenta, una especie de camino medio, donde se enfatiza la individualidad sin descartar la importancia de la comunidad o del momento histórico en el que la obra se escribe. Al estudiar, p.e., a José Asunción Silva, Darío o Valencia destaca en cada uno sus cualidades personales, sus temperamentos, pero inserta, a la vez, sus obras en la corriente modernista. Al describir esta corriente sistematiza rasgos comunes en el estilo de los poetas de esta época:

Entre 1880 y 1890 tuvo principios en América una renovación literaria de tan hondo significado que señaló el fin de un período y el alba de transformaciones fundamentales. Nació esta renovación de una tendencia general de la hora, en el espíritu de los hombres de letras, a encontrar inéditas formas de expresión que con-

cordaran con los cambios de pensamiento; recibió impulso sin duda de las ideas filosóficas que dominaban en el ambiente intelectual, y fue encabezada por cuatro o cinco talentos de los cuales llegan a las fronteras de genio.

(*El oficio de lector*, p. 105)

En un proceso similar, Sanín Cano también sistematiza en su artículo *Influencia de Europa sobre la cultura de América Latina* (1937) grandes corrientes de pensamiento que han llegado a América y se han asimilado a la producción literaria. Esta concepción amplia del proceso cultural que descubre influencias y muestra relaciones, a veces complejas, —señala, p.e., de qué manera algunos pensadores alemanes llegan a América a través de España— se aproxima a una sociología de la literatura. Este criterio permite a Sanín Cano ensañarse con las imitaciones *ciegas*, con los plagios, pero acepta como válidas las coincidencias estéticas que permiten la constitución de corrientes literarias:

Lo malo no es imitar a extranjeros. Lo malo es calcar a oscuras; lo más reprochable es escoger pobres modelos. Seguir una corriente literaria que nos atrae, es tan legítimo como dejarla cuando desplace. Pero aceptarla con todas sus consecuencias y extremos suele ser lo propio de los espíritus violentos, que son a menudo los talentos estrechos.

(*El oficio de lector*, p. 92)

Esta preocupación por marcar las fronteras entre el plagio o la imitación y la originalidad o creatividad fue un tema que preocupó a muchos pensadores de principios de siglo. Por ejemplo, Manuel Ugarte, hacia 1906, reclamaba a los escritores latinoamericanos que desde el neoclásico de la independencia hasta principios de siglo XX sólo han imitado las letras europeas y distinguía —al igual que Sanín Cano— entre *imitación directa*, que produce obras pasajeras, e *imitación aplicada*, que sí da lugar a obras de relieve como las de Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí y Rubén Darío.

En realidad lo que está en discusión es cómo explicar las obras de arte vinculadas en un proceso dinámico del cual no se pueden desprender pero sin negar el valor de la individualidad sobresaliente, valor especialmente caro a la burguesía liberal.

## 6. Sanín Cano y sus reflexiones sobre historiografía literaria.

Un aspecto teórico importante dentro de los ensayos de Sanín Cano se da en sus reflexiones con respecto a la historiografía literaria. Al cuestionarse

sobre la existencia o no de una literatura hispanoamericana, el crítico colombiano descubre que no se ha escrito todavía una obra que sistematice tal producción y le reclama a los pocos intentos que existen que lean la literatura de América como continuidad de la española. En este sentido, queda insatisfecho ante las historias de lengua y literatura castellana como las de Jaime Fitzmaurice-Kelly (quien tiene directamente por española toda obra escrita en castellano, sea peninsular o continental) o la de Hurtado y Serna (que incluye en su tratado a Rubén Darío sin justificar la simultánea exclusión de otros nombres latinoamericanos):

Los literatos más sagaces del tiempo presente, en Madrid y en las provincias, aceptan la existencia de una literatura hispanoamericana, pero son pocos los que a la manera de Araquistain, Diez-Canedo, Américo Castro, Andreino, Ramón Pérez de Ayala, se acercan a ella con inteligente y humana simpatía. La mayoría de los literatos españoles contemporáneos que aceptan la existencia de una literatura hispanoamericana no se dan el trabajo de enterarse, y algunos que se dan por enterados, creen haber aniquilado toda la vasta producción cuando se han convencido, por las reglas de Aristóteles, que Juan Montalvo es poca cosa; Isaacs, un débil reflejo de autores extranjeros; Sarmiento, escritor de pocas retóricas, Tomás Carrasquilla, un novelista cuyas obras no están en castellano...

(*El oficio de lector*, p. 72)

En otra ocasión, en su artículo *De lo exótico* (1934), Sanín Cano retoma sus reflexiones sobre los criterios historiográficos que se suelen manejar y cuestiona la validez de estudiar la literatura de algún país sin trascender las fronteras y señala lo arbitrario que resulta estudiar, p.e., la literatura francesa sin relacionarla con otras obras de la misma época y especialmente con las francófonas. Para Sanín Cano, la verdadera obra de arte es de valor universal y puede ser apreciada en cualquier parte del mundo. Resulta por lo tanto absurdo, para él, limitar el estudio de la literatura a fronteras geopolíticas que nada tienen que ver con el arte:

El sentimiento de las nacionalidades es todavía tan vivo, que aún en la manera de comprender el arte tiene su influjo. Divide las gentes en literaturas, lo mismo que si se tratara de hacer una clasificación de razas. Así han pasado al mercado de los valores literarios las denominaciones, sin duda muy artificiales, de literatura francesa, alemana, rusa, escandinava, con que están llenas hoy las obras de crítica y hasta los periódicos de cinco centavos.

(*El oficio de lector*, p. 85)

Las reflexiones sobre historiografía literaria las llevó Sanín Cano a la práctica en su libro *Letras*

*Colombianas* (1944) que viene a ser una especie de historia de la literatura colombiana. Sorprendentemente, en este ejercicio Sanín Cano no aplica sus propias teorías sobre cómo se debería escribir una historia literaria novedosa y presenta, más bien, un trabajo convencional que pierde de vista los conjuntos literarios y los períodos en su complejidad. Es un libro que intenta globalizar la producción literaria de su país con su perspectiva de afirmación nacionalista, pasando por encima de la reflexión teórica y cayendo en los mismos vicios que Sanín Cano le había cuestionado a las historias literarias de la época en su ensayo *De lo exótico*.

Sin embargo no tendría mucho sentido reprocharle a Sanín Cano esta aparente contradicción puesto que sucede que los más logrados trabajos sobre literaturas nacionales, escritos en la década de los años treinta y cuarenta, se resuelven desde un punto de vista metodológico, al igual que *Letras colombianas*, en una yuxtaposición de artículos inconexos entre sí y dando cuenta, en riguroso orden cronológico, de la vida, y obra de los escritores consagrados. Ilustran esta posición obras destacadas como, p.e., *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1939) de Pedro Henríquez Ureña, *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940) de Mariano Picón Salas o *Letras de la Nueva España* (1948) de Alfonso Reyes. Vale la pena señalar que todos estos libros, al igual que el de Sanín Cano, trabajan el proceso histórico por medio de estudios individuales de escritores y sólo *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945) de Pedro Henríquez Ureña aparece como un intento de estudio sistemático de las literaturas hispanoamericanas y se sale de las lecturas más comunes de los procesos literarios.

Finalmente, el último aspecto teórico que quisiéramos señalar dentro de la propuesta crítica de Sanín Cano es su lucha contra lo normativo para defender la tesis de que el proceso histórico de las lenguas y de las ideas está en constante movimiento. Considera que los idiomas no alcanzan estados últimos estancados:

Se modifica sin duda [dice refiriéndose a la lengua] aunque los cambios ocurren con tal lentitud que estudiada en cortos períodos da la sensación de la permanencia. Sin embargo, el lenguaje de las proclamas con que los militares de principios de siglo enardecían las masas ya empieza a tener sabor anticuado... En el curso de pocos años la transformación no es fácil de precisar.

(*Divagaciones filológicas y apólogo literarios*, p. 91)

Dentro de esta línea que se rebela a lo normativo, Sanín Cano considera que la crítica literaria tampoco alcanza verdades últimas sino conocimientos históricos que deben ser constantemente renovados. Tal vez por esta sensación de que el conocimiento no tiene límites precisos, sigue trabajando hasta sus tardíos 96 años y muchas veces vuelve a escribir sobre autores que ya ha tratado en otras ocasiones, mostrando que ninguna lectura agota las posibilidades de nuevos estudios.

Cuando reflexiona sobre el lenguaje coloquial latinoamericano, también rechaza las posturas normativas. Acepta la adopción de los regionalismos en los textos literarios, enfrentándose así a los académicos y a los gramáticos que abogaban por una conservación más petrificada de la lengua. Sanín Cano descubre que en el uso y en la aceptación de las especificidades de la lengua americana, reside, en parte, la unidad de América Latina, así como su significación en el mundo de la cultura.

## 7. Final

Sanín Cano, a través de su ejercicio de la crítica literaria, se convirtió en uno de los más excepcionales impulsores de la modernidad latinoamericana. Su constante diálogo con la literatura europea, su apertura hacia la *cultura universal*, así como su deseo de explicar y enseñar, a sus lectores, los más recientes valores artísticos, le concede un lugar privilegiado dentro del despertar intelectual colombiano. Su trabajo colaboró a avivar el dormido interés de sus lectores por diversos acontecimientos culturales de regiones apartadas, a acortar distancias y a borrar fronteras ideológicas. En sus ensayos, Viena, Londres, Moscú o Copenhague dejan de ser lugares lejanos y exóticos para comenzar a ser vistos como ciudades importantes y accesibles, abiertas a un diálogo:

...la crítica de Sanín Cano propuso a Colombia las condiciones para que echara una mirada al mundo, adaptara los instrumentos para hacerlo y saliera, al fin, de su pacato aislamiento. Expresaba con eso la esperanza de que con el fin de la sociedad señorial, que él había creído vislumbrar en la época del *porfirato* colombiano del general Reyes a cuyo engañoso positivismo se adhirió Sanín Cano, el país entrara en un período de contemporaneidad latinoamericana y universal<sup>15</sup>.

Tal vez su oficio fundamental fue el de *lector*, como lo calificó Cobo-Borda. Sanín Cano leía

para hacer accesible a su público obras que sin pasar por su mediación eran de difícil o imposible acceso ya sea por falta de traducciones, por dificultades inherentes al texto o simplemente porque no se conseguían en Colombia ni en la mayoría de los otros países del continente.

La dinámica que establece Sanín Cano como informador del acontecer cultural europeo, conjugado con sus reflexiones sobre Latinoamérica y su literatura, marca un importante eslabón dentro del proceso formativo de la crítica literaria latinoamericana.

La regular publicación de sus artículos en la prensa construyó un espacio propio, bien definido, que cumplió con la doble función de, por un lado, dar a conocer Colombia y sus valores literarios al mundo y, por el otro, formar un público lector nuevo que se acostumbró a encontrar, en la prensa, artículos de reflexión, de divulgación literaria o de análisis político. Este nuevo lector se habituó a buscar en los artículos de Sanín Cano una orientación útil a la hora de leer un libro, ir al teatro o al tratar de entender mejor alguna coyuntura política. A su constancia, lucidez y particularmente a su esfuerzo por estar al día con la cultura europea y latinoamericana, se debe que Sanín Cano haya ganado la confianza de un numeroso grupo de lectores que inclusive cuando no estaba totalmente de acuerdo con él lo seguía admirando y buscando en la prensa y en las revistas donde su nombre era habitual.

Hoy en día, a más de un cuarto de siglo de la muerte de Baldomero Sanín Cano, nos es fácil cuestionar algunos de sus criterios metodológicos o modos de realizar la crítica. Seguramente, en los años cuarenta, tenía mucho más sentido que ahora buscar en los textos literarios *el alma del escritor* o considerar que sólo un *espíritu sincero y noble* es capaz de crear una auténtica obra de arte. Sin embargo, si alguno de los presupuestos básicos con los que trabajó Sanín Cano ya han sido superados, los principios generales de su trabajo, dirigidos a fortalecer la independencia mental y cultural latinoamericana, siguen constituyendo una labor con mucho camino por andar. Su casi obsesiva negación al aislamiento, por lo que se empeñaba en estar siempre informado de lo que sucedía en el mundo y transmitirlo a sus compatriotas, es una actitud que debe seguirse y vale la pena tomarse como ejemplo. La manera en que él concibió traer la gran literatura del mundo hacia América, a través de una lectura selectiva y crítica capaz de aprender de los modelos extranjeros sin caer en

15. Rafael Gutiérrez Girardot: *La literatura colombiana en el siglo XX*, en *Manual de historia de Colombia*, Tomo III, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1984, p. 5021.

imitaciones forzadas o servilismos aculturantes es también lección que sigue vigente. Sanín Cano trabajó la literatura mediante vinculaciones y comparaciones entre obras europeas y latinoamericanas precisamente para fortalecer una relación de autonomía e independencia. Su firme posición antimperialista, su defensa a las expresiones populares y al mal llamado *folklore*, también fueron constantes dentro de su labor.

Los artículos de Sanín Cano contribuyeron a sacar la crítica literaria de la tendencia impresionista que reducía el ejercicio crítico a un oficio de la tendencia de simpatizantes que escribían sobre los sentimientos que alguna obra les inspiraba, de la tendencia filologista, que reducía la obra de arte a leyes internas del texto y, aún más importante, de la perspectiva naturalista, que se abocaba a buscar las constantes de la literatura, describir los fenómenos, preverlos y perseguir su continua evolución.

Sanín Cano se aproximó con una visión cuestionadora a todos estos modelos, tomó de ellos lo que le convenía, fue hacia más atrás y rescató parte de las proposiciones biografistas de Saite-Beuve e intentó una aproximación personal a los textos, dedicándose a explicar la literatura a través de una prosa ensayística que se postuló, a sí misma, como arte.

Este tipo de discurso que, como ya lo señalamos anteriormente, fue común entre muchos escritores latinoamericanos y europeos de principios de siglo, cumplió una función clave como guía de la recepción y estimuló la producción literaria hispanoamericana.



Bajo el gorro frigio se amparan Manuel Murillo Toro, Jacobo Sánchez, Nicolás Esguerra y Ramón Gómez.